



tacion de un santo, pasaba al mismo tiempo por un ardiente protector de los jesuitas, lo cual le valió desde un principio numerosos conflictos con diferentes gabinetes de Europa, pero en especial con los Borbones de Francia, España y Nápoles. Tuvo el dolor de saber, sin poder oponerse á ellas, las persecuciones que hicieron sufrir á los jesuitas, Pombal ministro de Portugal, y Pereira canonista de la corte, las calumnias que inventaron contra la orden, y el destierro á que la hicieron condenar en 1759. Pero no pudo guardar el mismo silencio sino que habló por el contrario con energía y autoridad, como papa y como señor feudal, cuando el duque de Parma publicó un decreto de amortizacion contra el clero, queriendo además restringir las inmunidades y exenciones eclesiásticas. Los Borbones de Paris y Nápoles apoyaron la causa del duque, y exigieron la revocacion del breve pontificio, apoderándose los primeros de Avignon y del condado venecino, y los segundos de Benevento cuando vieron que el papa, lejos de ceder á la tormenta, resistía con firmeza y dignidad, confirmaba de nuevo la orden de los jesuitas, y reclamaba el apoyo de María Teresa, á quien concedió para sí y sus sucesores, en calidad de reyes de Hungría, el honorífico título de rey apostólico. Pero parecía que todas las potencias católicas se habian conjurado para vengarse de las usurpaciones que habian tenido ó supuesto tener que sufrir por parte del papado, y que la Santa Sede, que habia resistido en la época anterior los violentos ataques de los príncipes protestantes, debía sucumbir á los golpes de los soberanos católicos. La misma república de Génova osó ultrajar á la corte romana, imponiendo 6.000 escudos á la entrada del visitador pontificio enviado á Córcega. Como todas estas violencias se dirigian contra un papa que protegía una orden proscrita por todo el mundo, se las encontraba enteramente justas y legítimas. Clemente murió sin ver terminadas estas deplorables luchas. La misma María Teresa, de quien el infortunado pontífice habia esperado algun consuelo y á quien habia suplicado que hiciese respetar á lo ménos su avanzada edad, le respondió «que eran asun-

tos políticos y no religiosos, y que ella no tenía, »por consiguiente, derecho de mezclarse en ellos.»

Los cardenales, decididos por los príncipes, eligieron al manso y generoso Ganganelli, franciscano, que habiendo subido al trono con el nombre de Clemente XIV, procuró á toda costa reconciliar la Santa Sede con los Borbones. Uno de los actos de su autoridad soberana fué la abolicion de la orden de los jesuitas, decretada por la bula *Dominus ac Redemptor* (16 de Agosto de 1773); creó cardenal á Pombal, y confirmó la eleccion de Pereira para el obispado de Coimbra, medidas que le valieron diversas ventajas temporales. La abolicion de la lectura de la bula de la Cena fué una medida más conforme á las verdaderas exigencias de la época, y frecuentemente reclamada por los príncipes. Inmediatamente despues de esta abolicion se le restituyó á Avignon y á Benevento, y el Portugal recibió nuevamente al nuncio del papa. Clemente se vió obligado no obstante á soportar la manera arbitraria con que se condujeron los gobiernos de España, Nápoles y Venecia con respecto á la Iglesia y sus bienes. Está claramente demostrado por la declaracion de su médico, y últimamente por las sábias investigaciones del historiador Niebuhr, tan versado en la crítica de los negocios de Roma y de la Iglesia, que las voces del envenenamiento de Ganganelli son completamente infundadas.

Pío VI (Angel Braschi, 1774-1799), elegido en un tiempo tan crítico bajo el aspecto político como bajo el religioso, y cuyas dificultades él mismo reconocía, dijo proféticamente á los cardenales: «Vuestra eleccion hace mi desgracia.» Pío VI inauguró los primeros tiempos de su pontificado, no tan turbulentos aún, con la magnífica creacion del museo Pío Clementino y descuaje de las lagunas Pontinas. Pero muy pronto, apenas habia muerto María Teresa, José II se colocó en el número, ó más bien á la cabeza de los que trabajan para el desprestigio de la Santa Sede, y no pensó ya más que en secularizar y abolir las órdenes religiosas, apoderarse de los bienes eclesiásticos, proveer las sillas episcopales sin confirmacion papal, aislar las iglesias nacionales del centro del ca-



tolocismo, y todo bajo el piadoso pretexto de continuar las útiles é indispensables reformas decretadas por el concilio de Trento. La mayor parte de los gobiernos hacian valer contra la Iglesia y el papa principios poco diferentes de los que acababan de proclamarse en Francia y de que muy pronto fueron víctimas los mismos príncipes. José II decretó que las decisiones del papa y de los obispos se someterian al *placet* del soberano, aumentó las condiciones del juramento episcopal, abolió todas las reservas y prohibió que se aceptase título ó dignidad alguna de Roma sin su autorizacion; prohibió la union de los conventos de sus Estados con los de las mismas órdenes del extranjero, reformó muchos de ellos, suprimió varias procesiones y todas las cofradías, y sujetó á rigurosas pruebas á los candidatos para el santo ministerio. El ejemplo de José fué perfectamente imitado por su hermano Leopoldo, duque de Toscana, que apoyaba en todas sus medidas al obispo de Pistoia, Scipion Ricci, por la república de Venecia y por el ministro de Nápoles Tanucci. La España estaba muy incomodada de que el papa no quisiese canonizar al obispo Palafox, enemigo declarado de los jesuitas. Para alejar los peligros que tan seriamente amenazaban á la Santa Sede por parte del Austria, resolvió el papa Pío VI, lleno de confianza en la autoridad apostólica y en su dignidad personal, trasladarse á Viena y obtener allí la revocacion de aquellos decretos tan perjudiciales á la Iglesia y al Estado. Su viaje fué un triunfo; á cada paso se encontraban poblaciones prosternadas que pedian su bendicion. Sólo el emperador y su viejo y arrogante ministro Kaunitz, imbuidos completamente en las ideas francesas, hicieron conocer al papa cuán importuna les era su visita. El emperador no asistió al oficio pontificio; prohibió que nadie hablase al papa sin su autorizacion, y para que ninguna persona llegase secretamente hasta él, mandó tapiar todas las entradas de su palacio excepto una que quedó rodeada de guardias. El pontífice queria hablar del asunto al emperador, y éste le contestaba que no entendía de ello, que necesitaba consultar con su Consejo, estorbando al mismo tiempo que el papa trata-

se el asunto por escrito. Kaunitz, en lugar de besar la mano que le tendía el papa, la sacudió rudamente; no estuvo á visitarlo, y cuando á pretexto de ver su galería de pinturas fué Pío VI á ver al ministro, le recibió éste en traje de mañana. Despues de una inútil permanencia de cuatro semanas, en las cuales no pudo obtener más que la simple promesa de que las reformas no envolverian nada contrario á las doctrinas de la Iglesia ni á la dignidad de su jefe supremo, volvió á emprender el papa el camino de sus Estados. Sin embargo, la impresion producida por la presencia del papa en el clero y en el pueblo, impresion que no pudieron impedir ni modificar los libelos del canonista Valentin Eybel, fué duradera y útil para lo sucesivo. El emperador acompañó á Pío VI hasta Mariabrunn, y suprimió este convento algunas horas despues de la salida del papa, para probar lo poco que aquella augusta visita habia modificado sus sentimientos... Pero todas estas tentativas dirigidas contra el poder pontificio, y que parecían tristes imitaciones de la conducta de los príncipes protestantes, fueron muy pronto sobrepujadas por los atrevidos hechos de la Revolucion francesa, de la que Pío VI fué una de las más ilustres víctimas. Desde 1789 se habian declarado en Francia bienes nacionales los bienes de la Iglesia, y éste fué el principio de la segunda parte de esta época triste y memorable.

César Cantú nos describe la época que acabamos de recorrer en términos elocuentes. siendo sin duda una de las épocas en que el talento del historiador se descubre más visiblemente.

La paz de Utrecht pone límites al temido engrandecimiento de Francia, así como la de Oliva habia fijado los confines de los Estados del Norte; mas no por eso se apaciguan las sediciosas contestaciones de una política que se ha hecho mercantil y militar. Estos dos caracteres aparecen principalmente en la Rusia al convenirse con los protestantes para contrarrestar el poder del emperador, y en Inglaterra, que marcha á la cabeza de Europa, mientras extiende su dominio desde la India al Perú; prueba evidente de que no es la situación lo que da el



poder, sino el valor y el ingenio. Entónces crece la importancia de las posesiones marítimas, hasta el punto de alterar las relaciones entre los europeos, de manera que en Sajonia llega á combatirse por el dominio del Canadá.

Dejemos que inertes esperen la aparición de la luz las monarquías que se descomponen entre favoritos, cortesanos y confesores; dejemos que la Puerta, despues de la paz de Pasarovitz, combata por subsistir y no por conquistar; no nos cuidemos de la confusa mezcla de paces, guerras é intrigas de gabinete que se cruzan, para que un padre pueda hacer hereditarios sus Estados, una madre colocar todas sus hijas en el trono, un ministro consolidar su influencia, causas, sin embargo, suficientes para alterar de todo punto la tranquilidad de los pueblos, para que éstos derramen su oro y su sangre sin adquirir una mejora positiva, sin que tal vez ni aun sus caudillos puedan conquistar ni un palmo más de terreno, ni un átomo más de autoridad ó de poder. Volvamos la vista á la Rusia, que para salir de entre sus pantanos y barbarie influye con preponderancia en los asuntos del Norte. Sus escuadras del Báltico surcan el Mediterráneo y siguen á los turcos hasta el Euxino; Catalina, proclamada legisladora de los mares, quiere erigirse en legisladora de la Grecia, y no disimula el deseo de trocar los hielos de su país por el clima encantador del Helesponto. Esta emperatriz manda reconocer las ignoradas regiones interiores de su imperio, desde el Archipiélago del Norte hasta la Persia, desde el Cáucaso hasta el Japon, en tanto que Bhering descubre el NO. de la América, Ansen da la vuelta al rededor del mundo, Cook se aproxima al polo austral, Danberger penetra en el corazon de Africa, y los compañeros de Manpertois y Lacondamine, levantando pirámides astronómicas en el polo y bajo el ecuador, fijan al parecer los signos de la posesion que toma la Europa del medido recinto de la tierra.

Hasta el mundo oriental queda envuelto en el torbellino del nuestro; el imperio de los Birmanes no defiende su inmovilidad y la *subabia* de Bengala sufre á los ingleses ó como dueños ó como enemigos; Mamelucos, Whabitas, Af-

ganes y Kuli-kan conmueven el Egipto, la Arabia, la India y la Persia, que se ven obligadas á recibir leyes impuestas por la fuerza, la mismo tiempo que en Europa, cediendo á las reclamaciones de universal reforma, conceden mejoras parciales José II, Leopoldo de Toscana, Cárlos III de Nápoles, Catalina y Federico II; y así llega á hacerse tan inevitable el movimiento, que el gran Lama baja del Tiber á visitar al emperador de la China.

Siglo cultísimo es éste en doctrinas materiales, pero ignorante de la unidad, que sólo el talento puede dar, y en la que estriba, sin embargo, todo el verdadero poder social. Los conocimientos científicos, creciendo y propagándose, ahuyentan la ignorancia; las legislaciones anulan los procesos de hechicería y las formas atroces de los procedimientos; los restos del feudalismo van poco á poco desapareciendo; establécese la economía pública sobre el egoísmo, que todo lo quiere prever, y sobre la libre cómpetencia; y el comercio, así como ántes habia combatido el sistema feudal, lucha ya ventajosamente contra los privilegios coloniales y los fideicomisos. Los mismos soberanos ambicionan el título de filósofos, y dedicándose tambien por su parte á abolir todo lo antiguo, extinguen cierta órden poderosa y temida, al paso que la escuela de los economistas, la *Enciclopedia* y la Constitución inglesa, son objeto de los discursos de todos los pueblos.

Pero la ciencia, enorgulleciéndose, vuelve á los errores del Oriente, impugna cuanto hay de superior en la humana conciencia, somete las ideas á las sensaciones; la fe á la naturaleza, la psicología á la zoología; la justicia á la utilidad, y á la costumbre la reflexion. Unos conspiran por la libertad de los iroqueses, mientras otros encomian la inmutable regularidad de la China; sociedades secretas, con misterios á la oriental, dirigidas por manos poderosas, falsean la opinion, nutriéndola de mentidas esperanzas; los descubrimientos desdichados se lanzan á la arena contra Dios, interrogándolo sobre sus misterios, con el mismo desenfado con que se hacen cargos á los príncipes por sus usurpaciones; los filosofistas, pretendiendo reformarlo todo, denigran cuanto el pueblo ve-



nera y cree, aspiran al dictado de filántropos y al mismo tiempo se empeñan en demostrar que los hombres no son sino monos perfectos engañados por la filosofía, y para quienes el error es un elemento social; quieren impulsar á la humanidad hácia el bien, y aspiran á la triste gloria de dudar y desesperar de todo; y entretanto, por una parte el principio de legitimidad cimentado en la moderna Europa recibe el primer golpe con la desmembracion de un reino electivo, que era en otro tiempo el antemural del progreso meridional contra los ataques de la raza slava, y por otra parte, las colonias americanas, sintiéndose ya capaces de gobernarse por sí mismas, se insurreccionan, y rezelando de la autoridad régia, ofrecen el primer ejemplo de una vasta democracia. La Inglaterra, que tantos sacrificios ha hecho por retenerlas en la esclavitud, comprende, al verlas libres, que puede sacar más pro-

vecho la nacion del comercio y la industria de aquéllas, que no del monopolio de una compañía mercantil, y se restablece en el mundo el equilibrio marítimo.

Así los Estados- Unidos, con su soberanía popular, se ven asociados en la fraternidad de la civilizacion. Al Austria, con su gobierno patriarcal; á la Rusia, con su absolutismo administrativo y político; á la Inglaterra, libre en administracion como en política; á la Alemania, absoluta en administracion y libre en cuanto á la monarquía. Militan, pues, en pró de la civilizacion cristiana la superioridad del número y la del talento; los pueblos comprenden que no es la fuerza la que da la preponderancia, sino el incremento de la moralidad y del saber, y se aprestan á completar el gran movimiento principiado en tiempo de los municipios, y á dilatar el imperio de la ciencia y de la civilizacion.